

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza
Homilía

SOLEMNIDAD DE NUESTRA SEÑORA DE SAN LORENZO 2007

Solemnidad de Nuestra Señora de san Lorenzo 2007

8 de septiembre de 2007

Demos gracias a Dios, queridos hermanos, porque podemos un año más celebrar la Santa Misa el 8 de septiembre, fiesta de Nuestra Señora de san Lorenzo; al conmemorar el nacimiento de la Virgen, acompañados de su imagen, esta ciudad con sus autoridades, el Sr. Alcalde que preside la Corporación municipal, se reúne en la Catedral para celebrar a la que ha dejado y deja huella en la historia humana: María de Nazaret, la que dio a luz al Sol de justicia, Cristo, Dios y hombre verdadero, nuestro Señor.

Es fiesta y en ella queremos alegrarnos, niños y mayores, jóvenes y padres de familia; es decir, la familia de los hijos de Dios, la Santa Iglesia, que camina en Valladolid. Para los católicos, que como el resto de los ciudadanos celebran las fiestas de la ciudad, el día 8 es día especial. Así lo cantaba ya nuestro Miguel de Cervantes en un poema para la Natividad de María:

«Niña de Dios, por nuestro bien nacida; / tierna, pero, tan fuerte, que la frente, / en soberbia maldad endurecida, / quebrantasteis de la infernal serpiente; / brinco de Dios, de nuestra muerte vida, / pues vos fuisteis el medio conveniente / que redujo a pacífica concordia / de Dios y el hombre la mortal discordia.

Creced, hermosa planta, y dad el fruto / presto en sazón, por quien el alma espera / cambiar en ropa rozagante el luto / que la gran culpa la vistió primera. / De aquel inmenso y general tributo, / la paga conveniente y verdadera / en vos se ha de fraguar: creced, Señora, / que sois universal remediadora».

Nuestro cristianismo no es solamente una religión divina, insondable, misteriosa; es también una religión humana que, como tal, posee, entre otras cosas, una dimensión afectiva que se deriva de Ella, de la Madre de Cristo, de su condición femenina, plenamente integrada en la Iglesia, sin ideología de género, esa desafortunada forma moderna de la lucha de clases. Cristo no ignora los derechos del corazón humano. Más aún: Él, más que ningún otro, siente la necesidad de colocar sobre María esta dimensión humana —nunca bastante humana— que integra nuestra vida en este mundo.

He visto utilizar, en una lectura reciente, a un autor cristiano un simbolismo interesante para hablar de la Iglesia, de la que formamos parte: es comparada con el lebrillo que utilizara Jesús, cuando el Jueves Santo lava los pies de sus discípulos. Quien quita los pecados del mundo es Jesús y el agua purificadora del Espíritu Santo. Pero para llevar a cabo esta misión se necesitan también un recipiente y una toalla. El recipiente, el lebrillo, es algo sólido, rígido, y significa la estructura permanente institucional de la Iglesia. La toalla es suave, se adapta a la forma de los pies que está secando, y significa la otra expresión de la Iglesia, siempre adaptándose a las necesidades particulares de cada ambiente, de cada cultura, cada edad, cada condición. Las dos cosas son igualmente necesarias y su finalidad es la misma: la de permitir a Cristo ofrecer a todos, mujeres y hombres, la experiencia de la salvación en la misericordia del Padre de los cielos.

En la Iglesia, la organización, la eficacia, la jerarquía, la división en diócesis, parroquias, instituciones y estructuras es un elemento más masculino, podríamos decir; la Virgen, la mujer, representa, por el contrario, en la Iglesia todo aquello que supone disponibilidad, caridad, afecto, amistad, capacidad de crear "comunión", comprensión recíproca, superación de encontradas mentalidades. Los dos aspectos, como el lebrillo y la toalla, compenetrados mutuamente, revelan el rostro visible de la Iglesia, y se complementan, pues hombres y mujeres en ella han de cuidar de ambos aspectos.

No coloquemos a Nuestra Señora en el horizonte de lo etéreo, lo privado, lo espiritual sin carne, lo que no tiene relación con la vida diaria, en el fondo con lo que no tiene importancia, o con lo que desempolvamos en determinadas ocasiones, como son las fiestas patronales, la Semana Santa y no toda. María está enraizada en la genealogía de Jesús, que se remonta a Abraham, a David, y que presenta a